

Hombres, Ideas y Libros

Un estudio de Julien Benda

LA *Nouvelle Revue Française* (agosto a noviembre de 1927) ha publicado una nueva obra de M. Julien Benda: «La trahison des clercs». El ilustre metafísico, cuyos ataques al intuicionismo bergsoniano y el intento de restaurar el clásico racionalismo francés—el de Descartes y Malebranche—le han hecho un sitio especial en el pensamiento contemporáneo, comenta en este nuevo trabajo, con el rigor lógico y la vehemencia que le son característicos, la significación de los intelectuales en la vida europea de nuestro tiempo. En Benda, que ha sido el adversario de todas las formas del misticismo político y social de esta época: desde el misticismo nacionalista de Barrés o Maurras hasta el misticismo anárquico de Jorge Sorel y sus discípulos, hay como una nueva especie de misticismo que podría llamarse de la dignidad y la independencia intelectual. Quiere Benda el «intelectual puro», el hombre que razone en absoluto, sin ningún compromiso partidario, capaz de una construcción libre e intemporal como la ética kantiana. Este hombre libre, este pensador abstracto, es el que según Benda falta al pensamiento europeo.

En un pequeño prólogo a su obra resume Benda la misión que, en su concepto, corresponde a la clase intelectual. Por la concisión de sus palabras esta primera página de Benda merece ser traducida. Dice así: «Tolstoi cuenta que, siendo oficial y observando, durante una marcha, a uno de sus colegas que azotaba a un hombre que se había separado de las filas, le

dijo: ¿No os sentís deshonrado tratando así a uno de vuestros semejantes? ¿No habéis leído el «Evangelio»? A lo que el militar respondió: «¿Y vos, no habéis leído los reglamentos militares?». Esta respuesta es la que merece siempre lo espiritual que intenta regir lo temporal. Me parece muy sabia. Quienes conducen los hombres a la conquista de las cosas no tienen nada que ver con la justicia y la caridad. Pero siempre es indispensable que existan hombres que guíen a sus semejantes por otros caminos distintos al de lo temporal. Quienes tenían a su cargo esta misión y que yo denomino los clérigos, no solamente no la tienen ya, sino han asumido el papel contrario. La mayor parte de los moralistas escuchados en Europa desde hace cincuenta años, especialmente los hombres de letras franceses, invitan a sus semejantes a burlarse del Evangelio y a leer los reglamentos militares. Esta nueva enseñanza me parece tanto más grave cuanto que se dirige a una humanidad que por su propio impulso se lanza a la conquista de lo temporal, con una decisión desconocida hasta ahora».

Entrando al estudio de esta descomposición de las clases intelectuales por intereses materiales y transitorios, halla Benda una primera causa en la coherencia y universalidad que las pasiones políticas han adquirido en nuestro tiempo. El Romanticismo y la Escuela Histórica tendieron a subdividir el mundo unificado y abstracto que soñaron los pensadores del Renacimiento en muchos mundos diversos. La Historia Universal se bifurcó en Historias locales. Cada pueblo intentó buscar su «alma nacional», su «fisonomía nacional». (El nacionalismo alemán del siglo XIX, el «kulturkampf», son un ejemplo de ello. De la Cultura que en el Renacimiento y hasta en momentos de general conflagración como la guerra de los treinta años, no había cesado de ser común y europea, se hizo cuestión patriótica. La política que antes fué oficio de príncipes y se basaba sobre necesidades materiales (codicia de territorios, anhelo de ventajas económicas o de alianzas provechosas), llega al pueblo y recibe una impulsión mística con el dogma democrático. La pasión política lo absorbe todo. El industrialismo y los progresa-

sos técnicos, tendiendo a determinar más la división en clases sociales, da a estas clases una conciencia colectiva, de grupo, que antes no tuvieron y que se convierte en conciencia mística, política.

Estos movimientos afectan a los intelectuales de Europa desde hace cincuenta años. Esta clase de hombres que yo llamaría clérigos—escribe Julien Benda—designando bajo esta denominación a todos aquéllos cuya actividad por esencia no persigue fines prácticos, pero que demandan su goce al ejercicio del arte o de la ciencia, o de la especulación metafísica, en una palabra a la posesión de un bien no temporal, decían de alguna manera: Mi reino no es de este mundo. Y, en efecto, desde hace más de dos mil años, hasta los últimos tiempos, se distinguía a través de la historia una serie ininterrumpida de filósofos, de religiosos, de literatos, de artistas, de sabios, cuyo movimiento es una oposición formal al realismo de las multitudes. En lo que se refería a las pasiones políticas, estos clérigos tomaban dos actitudes: o bien enteramente emancipados de estas pasiones, daban como un Vinci, un Malebranche o un Goethe, el ejemplo de una consagración a la actividad puramente desinteresada del espíritu y edificaban su fe en el valor supremo de esta forma de existencia; o bien, particularmente moralistas, y contemplando el conflicto de los egoísmos humanos, predicaban como un Erasmo, un Kant o un Renan, bajo los nombres de humanidad y de justicia, la adopción de un principio abstracto, superior y directamente opuesto a estas pasiones. Sin duda—y aunque ellos hayan contribuido a fundar el Estado moderno, en el sentido en que éste domina los egoísmos individuales—la acción de estos clérigos era especialmente teórica; por ello no han impedido a los laicos llenar la historia con el ruido de sus odios y de sus asesinatos, pero les han impedido—y esto es lo importante—*tener la religión de estos movimientos*. Gracias a estos clérigos, se puede decir que durante dos mil años, la humanidad hacía el mal pero honraba el bien. Esta contradicción constituía el honor de la especie humana y formaba la base en que podía edificarse la civilización.

Pero a fines del siglo XIX, se produce un cambio capital: los clérigos empiezan a hacer el juego de las pasiones políticas; quienes controlaban el realismo de los pueblos, estimulan ahora este realismo. Los clérigos adoptan las pasiones políticas. Nadie negará que hoy en Europa, la inmensa mayoría de los hombres de letras, artistas, un número considerable de sabios, filósofos, «ministros de lo divino», participan en el coro de los odios de razas, de las facciones políticas, adoptan las pasiones nacionales. Basta nombrar los Mommsen, los Treitscke, los Ostwald, los Brunetiére, los Barrés, los Lemaître, los Péguy, los Maurras, los d'Annunzio, los Kipling, para convenir que los clérigos ejercen las pasiones políticas con todas las características de la pasión: tendencia a la acción, anhelo de resultado inmediato, único cuidado del fin, menosprecio del argumento, arbitrariedad, odio, idea fija. Cómo esta adhesión del clérigo a las pasiones de los laicos fortifica estas pasiones en el corazón de los últimos, parece natural y evidente: desde luego suprime el sugestivo espectáculo de una raza de hombres que coloca su interés más allá del mundo práctico; en seguida el clérigo al adoptar las pasiones políticas, les comunica el formidable apoyo de su sensibilidad si es un artista, de su fuerza persuasiva si es un pensador, de su prestigio moral en todo caso.

Un documento sintomático de la actitud del intelectual moderno le parece a Julien Benda esas «Reflexiones sobre la violencia» de Jorge Sorel, en que toda voluntad de unión humana se proclama signo de bajeza y cobardía, al mismo tiempo que de debilidad de espíritu. Las responsabilidades de esta enseñanza y el acrecentamiento de odio que aporta a cada clase para violentar al adversario, pueden medirse—en lo que atañe a la clase burguesa—por el fascismo italiano, y a las clases populares, por el bolseviquismo ruso.

Asistimos, pues, según Benda, a la quiebra total de esa forma de alma que desde Platón hasta Kant pedía la noción del bien al corazón del hombre eterno y desinteresado. La exaltación desmesurada de lo individual que parece el sentimiento básico de la ideología contemporánea, conduce a la negación

de todo concepto universal y por lo tanto al nihilismo filosófico.

Ahora bien, ¿cuál puede ser el porvenir de un mundo cuyos ductores predicán lo relativo, qué principio moral permitirá mañana la colaboración y unión de los hombres en una vasta obra espiritual? El pesimismo de Benda formula dos hipótesis. 1.º «El fin lógico de este realismo integral profesado por la humanidad actual es la matanza organizada de las naciones o las clases. 2.º Se puede concebir otra solución, que sería al contrario más conciliadora: constituyendo la tierra misma, el único bien a cuya posesión se aspira, los hombres comprenderían que una buena explotación de lo material sólo sería posible por medio de la unión. La voluntad de sentirse distinto —el particularismo de que hemos hablado más arriba—se transferiría de la nación a la especie, orgullosamente alzada contra lo que no es ella misma. Este imperialismo de la especie es en el fondo el que predicán los grandes rectores de la conciencia moderna (Nietzsche, Sorel, Bergson, etc.) Se puede pensar que tal movimiento se afirmará cada vez más y que por esta vía se extinguirán las guerras inhumanas; aún se llegaría a una fraternidad universal, que lejos de constituir la abolición del espíritu de nación con sus apetitos y sus orgullos sería su forma suprema, la nación llamándose Hombre y el enemigo llamándose Dios. Y desde luego, unificado el mundo en un inmenso ejército, en una inmensa usina, no conociendo más que disciplinas, invenciones, atacando toda actividad libre y desinteresada, bien satisfecho de colocar el bien más allá del mundo real y no teniendo otro Dios que sus deseos, la humanidad alcanzará grandes cosas: un dominio verdaderamente grandioso sobre la materia que le rodea, una conciencia llena de júbilo en su grandeza y su poder. Y la Historia sonreirá pensando que Sócrates y Jesucristo están ya muertos para esta especie».